

der una parte del botín. En suma, la distancia que hay entre la mujer de aventuras sentimentales y la prostituta es—o parece ser—menor que la que existe entre el hombre de aventuras y el desvergonzado que corresponde, en la escala masculina, a la perdida en la femenina.

Sin embargo de todo esto, el hombre no se entrega con el frenesí de la mujer a cantar la vida de los sentidos. La poesía masculina de América es, atendidas todas las proporciones, considerablemente más casta que la femenina. El poeta canta el amor, a menudo *en abstracto*; canta la naturaleza, canta los grandes sentimientos e ideas. La mujer canta sólo la carne, salvo excepciones, y cuando no canta la carne con el desenfado y la liviandad que hemos visto más arriba, canta acontecimientos sentimentales de cariz concreto y definido.

Después de todo esto, la interrogación de María Monvel sigue en pie pero cambia de sentido. Lo interesante no es tanto preguntarse por qué hay tantas poetisas en América; más trascendental sería averiguar por qué casi todas esas poetisas hacen de su obra literaria una tribuna de exposición de sus desnudeces y de sus anhelos más recónditos. Por qué, en fin, son menos recatadas que sus colegas varones y temen menos que éstos la censura de sus lectores.—*R. Silva Castro.*

VIAJES

NEW YORK, por *Paul Morand.*

¿Un libro de viajes, o un delicioso guía para ayuda de los intelectuales

de Francia y de todo el mundo, ávidos de penetrar en las modalidades íntimas del gigante con el torso de granito y los brazos de acero?... Más que la descripción bien observada y documentada, el *New York* (1) de Paul Morand podría considerarse como uno de los estudios—tan en boga hoy día—sobre la vida romancesca de los grandes personajes de la humanidad moderna.

Cual si fuera Robespierre, Baudelaire o Descartes, Nueva York, a través del libro de Paul Morand, adquiere el mismo apasionante soplo de vida que el de las grandes figuras de la historia que alimentan el pensamiento y la filosofía de los modernos Plutarcos que se llaman Ludwig, Zweig y Maurois. Nueva York, la vieja isla de Manhattan que inspirara los más bellos cánticos de Whitman, descubre su fisonomía propia. Su formación desde los años de lactancia entre los brazos de la nodriza Holanda, y su niñez en poder de la nurse Inglaterra, son hechos que pasan a través de las páginas de Morand con el carácter de lo aventuresco, sin caer un solo instante dentro del pesado marco a que generalmente recurren los historiadores.

La dinámica vida actual de Nueva York, su fabuloso comercio, su ejemplar fuente de energía, su lírica exaltación de la mecánica, su fervor de cultura y su esfuerzo de trabajo, se revelan al lector como las pasiones de un héroe de novela en los distintos episodios que basan la trama de un libro.

(1) París, 1930.

Los paseos de Morand por Wall Street, la Quinta Avenida, Broadway, Central Park y el Puente de Brooklyn, esbozando a cada momento un ligero y bien encontrado recuerdo histórico, describiendo sus actuales grandezas y enseñándonos de ellas su portentosa lección, están enfocados con una técnica cinematográfica que salta del panorama al escenario de límites fijos, y del valioso detalle, que aumenta en primer plano, a las innumerables notas poéticas, de esa poesía diversa a la que distingue las demás capitales del globo, y que vibra en el ruido de los *elevados* y hechiza en la torre del Woolworth.

Recorriendo las orillas del Hudson se interna en Greenwich Village, el barrio latino o el Montparnasse de Norteamérica, evocando las sombras ilustres de Lafcadio Hearn y de Poe que escribió allí *El Derrumbamiento de la casa Usher*. Nos lleva en seguida hasta los estudios y los cafés donde los publicistas y los panfletarios de la época heroica y los artistas que siguieron a Whistler, tenían sus cenáculos. En ese barrio bohemio de hace algunos años aparecían de noche, y con largas melenas, Teodoro Dreisser y Sherwood Anderson, desconocidos todavía; y, más allá, en un teatrillo se representaban las primeras obras de Eugenio O'Neill.

André Maurois, celebrando el nuevo libro del poeta de *Rien que la terre*, felicita a Morand por haber comprendido y osado decir que uno de los refugios de las fuerzas espirituales de la humanidad será un día el casco de acero de Manhattan, cuya imagen y perpetuo movimiento adquiere una vida singular en el estilo

compacto, duro y de ritmo violento que caracteriza al escritor diplomático. La cultura y las curiosidades múltiples de Paul Morand, sus conocimientos etnológicos, científicos e históricos, y la modernidad misma de su precisión, hacen decir a Maurois, que hay en este escritor el símbolo del arquitecto de 1930, ya que es capaz de construir una frase solo con cifras, como el hormigón de un edificio.

A raíz de la triunfal aparición de su libro, ha relatado Morand en un interesante artículo la manera cómo escribió *New York*, y dice entre otras cosas que habiendo sido el mayor anhelo de los románticos, «ver Nápoles y después morir», nuestra voz de orden debe ser ahora, «ver Nueva York y vivir».

Confiesa también que hace un año, al embarcarse para los Estados Unidos con el objeto de trazar en un libro el retrato de la gran metrópoli, sentía que con más fuerza que el agrado del viaje lo empujaba en ese momento una corriente de opinión, un movimiento de ardor y de curiosidad anónimos, algo así como una orden imperiosa de sus lectores desconocidos.

En igual forma se le ocurre que deben haber partido hace cien años Musset a Italia y Gautier a España; yendo casi contra ellos mismos, bajo la presión de una necesidad oscura: la de recoger un mensaje que transmitirían en seguida a su patria. ¿Adivinaban entonces aquellos mensajeros del romanticismo internacional que habían recibido la misión de conjugar los destinos de dos pueblos, de fecundar a distancia las civiliza-

ciones, como esas flores que miran una hacia la otra, debiendo permanecer eternamente separadas?

Para Morand el viaje y la evasión, más que palpitantes motivos literarios de nuestra época, representan la más fiel expresión de la juventud que nos sigue, el mayor y máspreciado anhelo de la generación que viene. El, como nosotros, dice que por donde ha ido se multiplica el eco de esta voz: ¡Ver Nueva York! Nueva York, la sucursal del lujo, la lejanía más próxima de Europa, el polo positivo, el excitante, la lámpara incandescente. Nueva York, el primer gran deseo y la más bella ilusión de todos aquellos que todavía creen que lo mejor reside en otra parte y fuera de nosotros mismos.

A su juicio, este furor de los extremos que caracteriza nuestra época y esa necesidad de delirio que demuestra la nueva raza francesa, renovada por los años de la post-guerra, ha escogido a Nueva York por un símbolo, por un *totem*.—*Renato Valenzuela*.

MIS ANDANZAS POR EUROPA, por
Charlie Chaplin.

Chaplin, millonario, admirado por grandes y chicos, por hombres inteligentes y por hombres ignorantes, culto él, inteligente, pasea por Europa. Hay multitudes que lo esperan en cada puerto, en cada ciudad, casi en cada calle. Desean conocerlo grandes escritores, tan grandes como él dentro de su esfera de trabajo: Wells, Shaw, Barrie, Burke, con quien pa-

sea durante una noche por el barrio de Limehouse, descrito por aquél en sus *Noches en Limehouse*. Todo el mundo lo desea, lo aplaude, lo festeja. El sonríe con su «sonrisa profesional». Algunas veces huye; otras, acepta. Pasa dos días en la casa de Wells. Rehuye conocer a Shaw, que es, según Wells, «persona muy simpática cuando no está en público». Va a París, a Berlín, donde nadie lo conoce y donde sufre un desencanto porque nadie lo aplaude ni lo sigue por la calle. Allí conoce a Pola Negri, a quien le cae en gracia y a la cual considera realmente hermosa. Vuela de París a Londres. Nuevas correrías por los barrios de su infancia. Noches londinenses, mujeres londinenses, niños londinenses. Inglaterra está triste. No es la misma de su infancia o tal vez él no es el mismo. Algo ha cambiado. Vuelta a Nueva York.

Y escribe un libro de impresiones, un libro ligero, de observaciones ligeras a veces y a veces profundas y acertadas. Lo más interesante de él no son sus andanzas sino lo que ve en sus andanzas por Europa. Vemos a Wells, alegre, decidido, optimista; a Barrie, el autor del admirable *Peter Pan*, triste, cansado; a Burke, silencioso e interesante en su silencio inteligente, conecedor del Londres prostibulario y tabernario, y a mucha gente conocida y estimada.

A través del libro, en las discusiones con sus amigos o con la gente que conoce, Chaplin emite juicios sobre la cinematografía. La palabra de un hombre como él, genial dentro de su ramo, director de películas sin igual, como *Una mujer de París* y